

presa de esta manera los sentimientos que me ocupaban en la *Graciosa* recordándome la traición: «Me acerco á este monumento extraordinario. Sobre su base, bañada por la espuma de las olas, habia grabados caracteres desconocidos: el musgo y el salitre carcomian la superficie del bronce antiguo: el alcion, posándose en el casco del coloso, lanzaba á intervalos lánguidos quejidos; las conchitas se pegaban en los costados y las crines de metal del corcel, y cuando se acercaba el oído á sus abiertas narices, se creía oír rumores confusos.»

Una buena cena se nos sirvió en el convento después de nuestra correría, y pasamos la noche bebiendo con nuestros huéspedes. Al día siguiente, cerca del medio día embarcadas ya nuestras provisiones, volvimos á bordo. Los religiosos se encargaron de dirigir nuestra correspondencia á Europa. El buque habia estado en peligro á causa de un Sudeste fuerte que se levantó. Se viró el ancla, pero enredada entre piedra, se perdió como se esperaba. Aparejamos; y continuando el viento fresco, remontamos pronto las Azores.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

JUEGOS MARINOS—ISLA DE SAN PEDRO:

Fac pelagus me scire probes, quo carbasa laxo.

«Musa, ayúdame á probar que conozco el mar sobre que despliego mis velas.»

Esto decia, hace seiscientos años, Guillermo el Breton, mi compatriota. Vuelto al mar, comencé á contemplar su soledad; pero al través del mundo ideal de mis fantasías, me aparecían, como monitores severos, la Francia y los acontecimientos reales. Mi retiro, cuando durante el día queria librarme de los pasajeros, era la gabiá del palo mayor; yo subía allí con presteza en medio de los aplausos de los marineros, y me sentaba dominando las olas.

El espacio, tendido de un doble azul, parecia un lienzo preparado para recibir las futuras creaciones de un gran pintor. El color de las aguas era parecido al del vidrio líquido. En el desierto del Océano se descubrian en lontananza altas y largas ondulaciones; y estos paisajes movedizos hacían sensible á mis ojos la comparacion que hace la Escritura de la tierra que vacila delante del Señor, como un hombre embriagado. Algunas veces se hubiera creído el espacio pequeño y limitado, falto de un punto de arranque; pero si una ola llegaba á levantar la cabeza, otra á doblarse como una costa lejana, un escuadron de perros marinos á atravesar el horizonte, entonces ya se presentaba una escala de medida. La extension se revelaba, sobre todo cuando la bruma, pegada á la superficie del piélagos, parece que acrecienta la inmensidad misma.

Cuando bajaba del mástil, como en otro tiempo del nido de mi sauce, siempre reducido á una existencia solitaria, cenaba un poco de galleta con azúcar y limon, en seguida me acostaba, ó sobre cubierta envuelto en mi capa, ó bajo el puente en mi catre: no tenia que hacer mas que extender los brazos para tocar desde mi lecho mi ataúd.

El viento nos obligó á acercarnos al Norte, y atracamos en el banco de Terranova. Algunos hielos flotantes rodaban en medio de una niebla pálida y fria.

Los hombres del tridente tienen juegos que han heredado de sus antepasados; cuando se pasa la línea, es preciso resolverse á recibir el *bautismo*; la misma

ceremonia bajo el trópico, la misma ceremonia en el banco de Terranova, y cualquiera que sea el punto del gefe de la mascarada es el *buen trópico*. Trópico é *hidrópico* son sinónimos para los marineros: el buen trópico tiene una barriga enorme; está vestido con todas las pieles de carnero, todos los sayos forrados de la tripulacion. Se acurruca en el palo mayor, dando de tiempo en tiempo grandes mugidos. Todos lo miran desde abajo, y comienza á descender á lo largo de las cuerdas, pesado como un oso, y dando traspieses como Sileno. Al poner el pié en el puente, da nuevos rugidos, bota, toma un cubo, lo llena de agua del mar, y lo vierte sobre el gefe de los que no han pasado la línea, ó de los que no han llegado á la latitud de los hielos. Corren hácia los puentes, suben á las escotillas, se encaraman á los mástiles; el padre trópico os persigue, y acaba la función con una propina: juegos de Anfitrión que Homero hubiera celebrado como cantó á Proteo, si el viejo Océano hubiese sido conocido enteramente en los tiempos de Ulises; pero entonces no se veía todavía mas que su cabeza apoyada en las columnas de Hércules: su cuerpo oculto cubria el mundo.

Nos dirigimos hácia las islas de San Pedro y Miquelon, buscando nueva escala. Cuando nos acercamos á la primera, una mañana, entre las diez y las doce, la habíamos casi remontado; sus costas se descubrian en el horizonte á través de la bruma.

Fondeamos ante la capital de la isla; no la veíamos, pero oíamos el ruido de la tierra. Los pasajeros se apresuraron á desembarcar; el superior de San Sulpicio, continuamente molestado por el mareo, se hallaba tan débil, que fue necesario llevarlo hasta la playa. Yo tomé una habitación aparte, y esperé que una ráfaga barriese la niebla y me permitiera ver el lugar que yo habitaba, y, por decirlo así, la cara de mis huéspedes en este país de sombras.

El puerto y la rada de San Pedro están colocados entre la costa oriental de la isla y un islote prolongado, la *isla de los Perros*. El puerto, llamado *Barachois*, penetra en la tierra y termina en un charco salobre. El centro de la isla está guarnecido de colinas estériles; algunas se desploman sobre el litoral, otras tienen á su pié una guarnicion de arenales.

La casa del gobernador está en frente del embarcadero. La iglesia el párroco y el almacén de comestibles están situados en el mismo paraje; después se hallan la casa del comisario de marina y la del capitán del puerto. En seguida comienza á lo largo de la playa la única calle de la villa.

Yo comí dos ó tres veces en casa del gobernador, que era un oficial muy político y atento. Cultivaba en una esplanada algunas legumbres de Europa. Después de la comida me enseñaba lo que llamaba su jardín. Un olor suave y fino de heliόtropo se exhalaba de un cuadrado de habas en flor, que no hacia llegar hasta nosotros la brisa de la patria, sino un viento salvaje de Terranova, sin relacion con la planta desterrada, sin simpatía de reminiscencia y voluptuosidad. En este perfume, que no respiraba una mujer hermosa, que no se depuraba en su seno ni se esparcia á su paso; en este perfume, que habia cambiado de aurora, de cultura y de mundo, se hallaba toda la melancolía del pesar, de la ausencia y de la juventud.

Del jardín subimos á las colinas, y nos paramos al pié del mástil del pabellon del vigía. La nueva bandera francesa flotaba sobre nuestras cabezas; como las mujeres de Virgilio, mirábamos el mar, *flentes*; ¡el mar que nos separaba de la tierra natal! El gobernador estaba inquieto; pertenecia al partido vencido: se fastidiaba ademas en este retiro, á propósito únicamente para un hombre melancólicamente pensador como yo; ruda mansion para un hombre de negocios, ó que no llevase consigo esta pasión, que lo llena todo y hace desaparecer el mundo. Mi huésped se informaba de la

revolucion, y yo le pedia noticias del paso al Nordeste. Estaba á la entrada del desierto, pero no sabia de los Esquimales, ni recibia del Canadá mas que perdices.

Una mañana habia ido solo al Cabo del Aguila para ver levantarse el sol por la costa de Francia. Me senté en la punta saliente de una roca, con los piés colgando sobre las olas que se estrellaban debajo con furia. Una jóven marinera apareció en el declive superior de la colina; tenia las piernas desnudas, aunque hacia frio, y hollaba con sus piés las plantas rosadas.

Traia sus cabellos negros recogidos en madejas bajo un pañuelo de la India que llevaba rodeado á la cabeza; sobre este pañuelo llevaba un sombrero abarquillado de cañas del país. Sobre el escote blanco de su camisa tenia colocado un ramo de brezos lilas. A intervalos se bajaba y cogia las hojas de una planta aromática, que se llama en la isla *te natural*. Con una mano echaba estas hojas en un canastillo que tenia con la otra. Me vió sin asombrarse, y se vino á sentar junto á mí; colocó su canastillo al lado, y se puso, como yo, con las piernas colgando, á mirar el sol.

Permanecimos algunos minutos sin hablar; pero en fin, yo fui el mas atrevido, y la dije: «¿Qué cogéis?» Levantó sus grandes ojos negros, tímidos y soberbios, y me respondió: «Cogia té,» y me presentó su canastillo. «¿Llevais este té á vuestro padre y á vuestra madre?»—Mi padre está á la pesca con Guillaumy. «¿Qué haceis por el invierno en la isla?»—Hacemos redes, pescamos en los estanques quebrantando el hielo; el domingo vamos á misa y á visperas, que cantamos nosotros, y después jugueteamos por la nieve, y vemos á los jóvenes cazar los osos blancos. «¿Vuestro padre volverá pronto?»—¡Oh! no: el capitán se ha embarcado con Guillaumy para Génova. «¿Pero Guillaumy volverá?»—¡Oh! sí; en la próxima estacion, cuando vuelvan los pescadores. Me traerá en su pacotilla un corpiño de seda rayado, un zagalejo de muselina y un collar negro. «Y os adornareis para el viento, el mar y la montaña. ¿Quereis que yo os envíe un corpiño, un zagalejo y un collar?»—¡Oh! no.»

Se levantó, cogió su cestillo, y se precipitó por un sendero rápido, á lo largo de un monte de abetos, entonando con voz sonora un cántico de las *Misiones*:

Tout brulant d'une ardeur immortelle,
C'est vers Dieu que tendent mes desirs.

Hacia volar á su paso los hermosos pájaros que llaman *garzotas*, asustados por su adorno de cabeza, y tenia el aire de parecerse á ellos. Cuando llegó al mar, saltó en un barquillo, desplegó la vela, y se sentó al timon; se la hubiera tomado por la *Fortuna*; se alejó de mí.

¡Oh! sí, ¡Oh! no, Guillaumy, la imágen del jóven marinero, sobre una verga en medio de los vientos, cambiaba en tierra de delicias la horrible roca de San Pedro:

L'isola di Fortuna ora vedete.

Quince dias pasamos en la isla. De sus playas áridas se descubren las costas aun mas áridas de Terranova. Los montes en el interior extienden cadenas divergentes, prolongándose la mas elevada hácia la ensenada *Rodrigo*.

Lagos pequeños se alimentan con el tributo de los riachuelos del *Vigie*, del *Courval*, del *Pain de Sucre*, del *Kergarion*, de la *Tête Galante*. Estos charcos son conocidos bajo el nombre de *Etangs du Savoyard*, *du Cap-Noir*, *du Ravenet*, *du Colombier*, *du Cap á l'Aigle*. Cuando vienen los torbellinos sobre estos lagos, barren las aguas poco profundas, descubriendo algunas praderas submarinas, que cubre inmediatamente la onda.

La Flora de San Pedro es la de la Laponia y la del estrecho de Magallanes. El número de vegetales dis-

minuye hácia el polo; en Spitzberg no se encuentran mas que cuarenta especies de phanerogamas.

Cambiando de localidad se extinguen las razas de las plantas, las unas, al Norte, habitantes del hielo, se hacen al Mediodía silvestres; las otras, criadas en la atmósfera tranquila de las mas espesas selvas, vienen decreciendo en fuerza y magnitud, á espirar en la orilla tormentosa del Océano. En San Pedro, el arándano pantanoso (*vaccinium fuliginosum*), está reducido al estado de sanguinaria mayor; pronto se verá enterrado en el algodón basto que le sirve de superficie vegetal. Planta viajera, he tomado mis precauciones para desaparecer del borde del mar, mi sitio natal.

La pendiente de los montecillos de San Pedro está cubierta de bálsamos, cornijuelo, palmeras, cedros, pinabetes negros, cuyos botones sirven para hacer una bebida anti-escurbútica. Estos árboles no tienen mas altura que la de un hombre. El viento del Océano los descabeza, los sacude y prosterna como si fueran helechos: después, deslizándose bajo estas selvas de maleza, las levanta; pero no halla ya ni troncos, ni ramas, ni copas, ni ecos donde gemir, y no hace mas ruido que el que haría en un brezo.

Estos bosques raquíuticos contrastan con los grandes bosques de Terranova, cuya costa vecina se descubre, y en la cual los abetos producen un líquen plateado (*alectoria trichodes*); los osos blancos parece que han dejado su pelo en las ramas de estos árboles al encaramarse en ellos. Los escampados de esta isla de Jacques Cartier ofrecen caminos hechos por los osos; parece que se ven los senderos que conducen á una majada. Se oyen por la noche los ahullidos de fieras hambrientas; el viajero se tranquiliza con el ruido no menos triste del mar; estas olas, tan insociables y tan rudas, se convierten en amigas y compañeras.

La punta septentrional de Terranova llega á la latitud del cabo de Carlos, primero del Labrador; algunos grados mas arriba comienza el país polar. Hay un encanto en estas regiones, si hemos de dar crédito á los viajeros; la noche, el sol, tocando á la tierra, parece que se queda inmóvil, y vuelve á entrar en el cielo en lugar de hundirse en el horizonte. Los montes, cubiertos de nieve, los valles, tapizados de musgo blanco, que ramonean los renféros; los mares, cubiertos de ballenas, y sembrados de hielos flotantes, toda esta escena brilla alumbrada casi á la vez por el fuego del Occidente y la luz de la aurora: no se sabe si se asiste á la creacion ó al fin del mundo. Un pájaro pequeño, parecido al que canta por las noches en nuestros bosques, hace oír su gorgo quejumbroso. El amor atrae entonces á los Esquimales á la roca de hielo donde lo aguarda su compañera; y estas bodas del hombre en los últimos límites del globo no carecen de pompa ni de felicidad.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

COSTAS DE LA VIRGINIA.—EL SOL DE OCCIDENTE.—PELIGRO.—LLEGO Á AMÉRICA.—BALTIMORE.—SEPARACION DE LOS PASAJEROS.—TULLOCH.

Después de haber embarcado víveres y de haber reemplazado el áncora que perdimos en la *Graciosa*, salimos de San Pedro. Singiando al Mediodía, tocamos la latitud de treinta y ocho grados. Las calmas nos detuvieron á corta distancia de las costas de Mariland y de Virginia. Al nebuloso cielo de las regiones boreales habia sucedido el cielo mas hermoso; no veíamos la tierra; pero llegaba hasta nosotros el olor de los pinabetes. El alba y la aurora, el Oriente y Occidente del sol, los crepúsculos y las noches eran admirables. No me cansaba de mirar á Venus, cuyos

rayos me envolvían como en otro tiempo los cabellos de mi sílfide.

Leía yo una noche en la cámara del capitán, cuando sonó la campana de la oración, y fui á mezclar mis votos con los de mis compañeros. Los oficiales ocupaban la popa con los pasajeros; el capellán, con un libro en la mano, estaba un poco separado de ellos junto al timón; los marineros se agrupaban sobre la cubierta; todos estábamos en pié con la cara vuelta hácia la proa, y todas las velas plegadas.

El globo del sol, próximo á hundirse en las olas, aparecía por entre las cuerdas del buque en medio del espacio sin límites; se hubiera dicho, con el balance de la popa, que el astro radiante cambiaba á cada momento de horizonte. Cuando pintaba este cuadro, que podeis leer por completo en *El Genio del Cristianismo*, mis sentimientos religiosos estaban en armonía con la escena; pero ¡ay! cuando yo lo presenciaba, el hombre viejo existía en mí, y no contemplaba á Dios solo en la magnificencia de sus obras. Yo veía una mujer desconocida y los milagros de su sonrisa; me parecía que la belleza del cielo nacía de su aliento; yo hubiera vendido la eternidad por una de sus caricias. Me figuraba que palpitaba detrás de este velo del universo que la ocultaba á mis ojos. ¡Oh! ¡si me hubiera sido dado destrozar la cortina para estrechar contra mi corazón á la mujer idealizada, para consumirme en su seno en este amor, fuente de mis inspiraciones, de mi desesperación y de mi vida! Mientras yo me dejaba arrastrar de estos movimientos tan propios á mi futura carrera de *corre-bosques*, faltó poco para que un accidente pusiera término á mis proyectos y á mis sueños.

El calor nos sofocaba; el barco, en una calma completa, sin vela, y demasiado cargado con sus mástiles, sufría grandes vaivenes: ardiendo sobre el puente, y fatigado por el movimiento, me quise bañar, y aunque no teníamos la chalupa botada, me arrojé del bauprés á la mar. Todo iba maravillosamente al principio, y me imitaron muchos pasajeros. Yo nadaba sin reparar en el buque; pero cuando volví la cabeza, observé que la corriente lo había llevado á mucha distancia. Alarmados los marineros habían largado un calabrote á los otros nadadores. Aparecían tiburones en las aguas del buque, y se les hacía fuego para ahuyentarlos. La ola era tan gruesa, que retardaba mi vuelta y agotaba mis fuerzas. Tenía un abismo debajo, y los tiburones podían quitarme un brazo ó una pierna. El patrón del barco quería echar un bote, pero se necesitaba armar la cabria, y esto exigía mucho tiempo.

Felizmente se levantó una brisa casi insensible; el buque se aproximó un poco; yo no podía agarrarme á la cuerda; pero los compañeros de mi temeridad se habían agarrado á ella, y cuando se nos llevó á un costado del buque, como me hallaba al extremo de la cuerda, todos pesaban sobre mí con todo su cuerpo. Nos fueron subiendo uno á uno, lo que duró mucho tiempo. Continuaban los balances, y cuando eran en sentido opuesto, nos sumergían seis ó siete piés en las olas, ó nos quedábamos colgados en el aire á la misma altura: en la última sumersión me sentí casi desfallecer; un vaiven mas, y todo estaba concluido. Me subieron al puente medio muerto: si me hubiera ahogado, un desembarazo para mí y mis compañeros.

Dos días despues de este accidente descubrimos tierra. El corazón me palpitó cuando el capitán me dijo: ¡América! Apenas se delineaba por la cima de algunos arcos que salían del agua. Las palmeras de la embocadura del Nilo me indicaron despues la costa de Egipto del mismo modo. Llegó el práctico, y entramos en la bahía Chesapeake. El mismo día se envió una chalupa á buscar víveres frescos. Yo fui de la partida, y muy pronto pisé el suelo americano.

Paseando mis miradas á mi alrededor, permanecí algunos instantes inmóvil. Este continente, ignorado tal vez en los tiempos antiguos y un gran número de los siglos modernos; los primeros destinos salvajes de este continente y sus segundos desde la llegada de Cristóbal Colon; la dominación de las monarquías de Europa derribada en este nuevo mundo; la vieja sociedad acabando en la joven América; una república de un género desconocido anunciando un trastorno en el espíritu humano; la parte que había tomado mi país en estos acontecimientos; estos mares y estas playas, debiendo en parte su independencia al pabellón y á la sangre francesa; un grande hombre saliendo del seno de las discordias y de los desiertos; Washington habitando una ciudad floreciente en el mismo sitio en que Guillermo Penn había comprado un pedazo de selva; los Estados-Unidos enviando á la Francia la revolución que la Francia había sostenido con sus armas; en fin, mi propio destino; mi musa virgen, que acababa de consagrarse á la pasión de una naturaleza nueva; los descubrimientos que yo quería intentar en estos desiertos que extendían aun su ancho reino tras del estrecho imperio de una civilización extranjera: tales eran las cosas que rodaban por mi imaginación.

Nos dirigimos á una habitación. Bosques de bálsamos y de cedros de la Virginia, pájaros arrendajos y cardenales anunciaban, con su porte y su sombra, su canto y su color, otro clima. La casa adonde llegamos al cabo de media hora, participaba de la granja de un inglés y de la vivienda de un criollo. Manadas de vacas europeas pastaban en prados cercados, en los que jugueteaban ardillas rayadas. Los negros serraban las maderas y los blancos cultivaban el tabaco; una negrita de trece á catorce años, casi desnuda, y de una belleza singular, nos abrió la puerta del cercado. Compramos pan de maíz, pollos, huevos, leche, y volvimos al buque con nuestros botijos y canastillos. Dí mi pañuelo de seda á la pequeña africana: era una esclava que me recibió en el suelo de la libertad.

Levamos anclas para ganar la rada y el puerto de Baltimore, al acercarnos se recogieron las aguas; lisas é inmóviles, parecía que remontábamos un río indolente con muchas avenidas. Baltimore se ofreció á nuestra vista como en el fondo de un lago. Enfrente de la ciudad se levantaba un monte cubierto de árboles, al pié del cual se construían edificios. Amarramos al muelle del puerto. Yo dormí á bordo, y no salté en tierra hasta el día siguiente. Fui á hospedarme en la posada con mi equipaje; los seminaristas se retiraron al establecimiento preparado para ellos, desde donde se han dispersado por América.

¿Qué se ha hecho Francisco Tulloch? La carta siguiente fue recibida el 12 de abril de 1822, en Londres:

«Treinta años han trascurrido, mi querido vizconde, desde la época de nuestro viaje á Baltimore, y es muy posible que hayais olvidado hasta mi nombre; pero, á juzgar por los sentimientos de mi corazón, que os ha sido siempre leal, no es así, y mi lisonjeo que no tendréis disgusto en volverme á ver. Casi enfrente el uno del otro (como vereis por la fecha de esta carta), no desconozco la distancia que media entre los dos. Pero manifestad el menor deseo de verme, y me apresuraré á probaros, cuanto me sea posible, que he sido siempre, y soy vuestro fiel y afectuoso.

FRANCISCO TULLOCH.»

«P. D. Tengo presente el rango distinguido que os habeis adquirido y que mereceis por tantos títulos; pero el recuerdo del caballero de Chateaubriand me es tan caro, que no puedo escribiros (esta vez al menos) como á un embajador. Perdonad, pues, el estilo, en gracia de nuestra antigua amistad.

Viernes 12 de abril.

Portland-Place, núm. 30.

Así Tulloch estaba en Londres; no se había ordenado; se casó; su romance acabó como el mío. Esta carta depone en favor de la veracidad de mis *Memorias* y de la fidelidad de mis recuerdos. ¿Quién hubiera dado testimonio de una alianza y de una amistad formada hace treinta años sobre las olas, si la parte contrayente no hubiera sobrevivido? ¡Y qué perspectiva triste y retrógrada pone ante mi vista esta carta! Tulloch se encontraba en 1822 en la misma ciudad que yo, en la misma calle que yo; la puerta de su casa estaba enfrente de la mía, como nos habíamos hallado en el mismo buque, sobre la misma cubierta, en el mismo camarote. ¡Cuántos amigos no hallaré ya! El hombre, al acostarse, puede contar sus pérdidas: sus años únicamente no le abandonan, aunque pasan; cuando los revista y los llama, responden: «¡Presentes!» Ninguno falta á la lista.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FILADELFIA.—EL GENERAL WASHINGTON.

Baltimore, como todas las demás metrópolis de los Estados-Unidos, no tenía la extensión que tiene en la actualidad, y era solo una pequeña población católica, linda, aseada y animada, cuyas costumbres y sociedad tenían grande afinidad con las costumbres y la sociedad de Europa. Pagué mi travesía al capitán, y le di una comida de despedida. Tomé un asiento en el *stage-coach*, que hacía el viaje de Pensilvania tres veces por semana; subí en él á las cuatro de la mañana, y héme aquí rodando por los caminos del Nuevo-Mundo.

El camino que recorrimos, mas bien trazado que hecho, atravesaba un país bastante llano, en que apenas había árboles; veíase alguno que otro caserío, y unas cuantas aldeas esparcidas aquí y acullá: el clima era como el de Francia, y volaban golondrinas sobre las aguas como sobre el estanque de Combourg.

Al acercarnos á Filadelfia encontramos varios habitantes que iban al mercado, carruajes públicos y carruajes particulares. Filadelfia me pareció una ciudad hermosa, con calles anchas, algunas de ellas plantadas de árboles, que se cortaban en ángulo recto, en un órden regular, de Norte á Sur y de Este á Oeste. El Delaware corre paralelamente á la calle que sigue su orilla occidental. Este río sería tenido por importante en Europa; pero apenas se habla de él en América: sus riberas son bajas y poco pintorescas.

En la época de mi viaje (1791) no se extendía Filadelfia hasta el Shuylkill; el terreno que se adelantaba hácia aquel río estaba dividido en suertes, sobre las que se construían aquí y acullá algunas casas.

El aspecto de Filadelfia es monótono. En general, lo que falta á las ciudades protestantes de los Estados-Unidos son grandes monumentos de arquitectura, pues la reforma, con su edad juvenil, que nada sacrifica á la imaginación, muy rara vez ha erigido esas cúpulas, esas naves aéreas y esas torres gemelas de que la antigua religión católica ha coronado á Europa. No se ve monumento alguno en Filadelfia. Nueva-York y Boston, ni pirámide que sobresalga del conjunto de las paredes y tejados: la vista se entristece al extenderse sobre aquel nivel.

Despues de apearme en la posada, tomé un cuarto en una casa de pupilos, en donde habitaban algunos colonos de Santo-Domingo y varios franceses emigra-

dos, con ideas diferentes de las mias. Un país de libertad ofrecía un asilo á los que huían de la libertad: no hay cosa que pruebe mejor el alto precio de las instituciones generosas como ese destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto en un país puramente democrático.

Un hombre que, como yo, había desembarcado en los Estados-Unidos lleno de entusiasmo hácia los pueblos clásicos; un colono que buscaba por todas partes la rigidez de las primitivas costumbres romanas, no podía menos de quedar escandalizado al ver donde quiera el lujo de los carruajes, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banco y de juego, el ruido de los salones de baile y de los teatros; casi podía figurarme que me hallaba en Bristol ó en Liverpool. La apariencia del pueblo era agradable; las cuíkeras, con sus trajes grises y sus sombrerillos uniformes, me parecían bellas.

¡En aquel momento de mi vida admiraba sobremana las repúblicas, sin embargo de no creerlas posibles en la época del mundo á que habíamos llegado: conocía la libertad á la manera de los antiguos; la libertad, hija de las costumbres en una sociedad naciente; pero no la libertad hija de las luces y de una ajeña civilización; la libertad, cuya realidad ha demostrado la república representativa. ¡Quiera Dios que sea duradera! No hay necesidad de labrar uno mismo sus tierras, ni de descuidar las artes y ciencias, ni de tener las uñas largas y la barba sucia para ser libre.

Cuando llegué á Filadelfia, no estaba allí el general Washington, y me vi precisado á esperarle por unos ocho días. Al fin le vi pasar en un carruaje tirado por cuatro briosos caballos conducidos por largos riendas. Washington, segun mis ideas de entonces, era por necesidad Cincinato; pero Cincinato en carruaje no se avenía bien con mi república del año 296 de Roma. ¿Podía, con efecto, el dictador Washington, ser otra cosa que un rústico aguijoneando á sus bueyes y conduciendo la reja del arado? Pero cuando fui á entregarle mi carta de recomendación, encontré en él la sencillez del antiguo romano.

Una pequeña casa, semejante á las casas inmediatas, era el palacio del presidente de los Estados-Unidos: no había guardia, ni aun siquiera criados. Llamé y salió á abrirme una criada; le pregunté si estaba en casa el general, y me contestó que sí. Manifestéle que tenía una carta de recomendación para su amo, y la criada me preguntó mi nombre, difícil de pronunciar en inglés, y que no pudo retener. Díjome entonces con afabilidad: *Walk in, sir*. «Entrad, caballero;» y echando á andar delante de mí por uno de esos estrechos corredores que hacen veces de recibimiento en las casas inglesas, me introdujo en una sala, en donde me suplicó que aguardara al general.

No estaba yo conmovido: nunca me han impuesto ni la grandeza de alma ni la de fortuna; la primera la admiro sin sentirme confundido; la segunda me inspira mas lástima que respeto: jamás logrará turbarme el rostro de ningún hombre.

Al cabo de algunos minutos entró el general, el cual, con su elevada estatura y su aire tranquilo y frío mas bien que noble, se asemejaba bastante á los retratos grabados que de él había visto. Le presenté en silencio mi carta, que abrió al punto, y pasando á leer la firma, exclamó en voz alta: — «¡El coronel Armand!» Así era como llamaba al marqués de la Rouerie, el cual había firmado con aquel nombre.

Sentámonos, y le expliqué lo mejor que pude el motivo de mi viaje. Contestábame con monosílabos ingleses y franceses, y me escuchaba con una especie de admiración. No tardé en advertirlo, y le dije con cierta viveza: — «Mas fácil me parece descubrir el paso del Noroeste que crear un pueblo, como vos habeis hecho.— ¡Well, well, young man! (¡Bien, bien

jóven!)» exclamó alargándome la mano. Me convidó á comer para el día siguiente, y nos separamos.

Cuidé de no faltar á la cita, y no éramos mas que cinco ó seis convidados. Recayó la conversacion sobre la revolucion francesa, y el general nos enseñó una llave de la Bastilla. Ya he tenido ocasion de observar que esas llaves eran unos juguetes bastante necios que se distribuian entonces de mano en mano. Los expedicionarios de cerraduras habrian podido enviar tres años despues al presidente de los Estados-Unidos el cerrojo de la prision del monarca que dió la libertad á Francia y América. Si Washington hubiese visto en los arroyos de París á los *vencedores de la Bastilla*, habria respetado menos su reliquia. La autoridad y la fuerza de la revolucion no provenian de esas orgias sangrientas. Cuando la revocacion del edicto de Nantes, en 1685, el populacho del arrabal de San Antonio, demolió el templo protestante en Charenton con el mismo celo con que devastó la iglesia de San Dionisio en 1793.

Me separé del general á las diez de la noche, y no le he vuelto á ver mas: él marchó al día siguiente, y yo continué mi viaje.

Tal fue mi encuentro con el soldado ciudadano libertador de un mundo. Washington bajó al sepulcro antes de haberme yo dado á conocer, y pasó delante de él como el ser mas ignorado. Washington estaba en todo su esplendor y yo en toda mi oscuridad: quizá mi nombre no permaneció un día entero en su memoria, y sin embargo, ¡cuán feliz me considero de que me haya dirigido sus miradas! He sentido su influencia el resto de mi vida, porque hay cierta virtud en las miradas de un grande hombre.

PARALELO ENTRE WASHINGTON Y BONAPARTE.

Bonaparte acaba apenas de bajar al sepulcro, y habiendo tocado á las puertas de Washington, se ofrece naturalmente al curso de mis ideas el paralelo entre el fundador de los Estados-Unidos y el emperador de los franceses; con tanto mas motivo, cuanto que en el momento en que trazo estas líneas no existe ya Washington. Ereilla, cantando y peleando en Chile, se detiene en medio de su viaje para referir la muerte de Dido: yo me detengo al principio de mi excursion en Pensilvania para hacer una comparacion entre Washington y Bonaparte. Quizá no debiera ocuparme de ellos sino en la época en que encontré á Napoleon; pero si me faltase la vida antes de llegar en mi crónica al año de 1814, ¿cómo se sabria entonces lo que tengo que decir acerca de esos dos mandatarios de la Providencia! Me acuerdo de Castelnaud, que siendo como yo embajador en Inglaterra, escribia tambien en Londres una parte de su vida. Al llegar á la última página del libro VII, dijo á su hijo: «Trataré de este hecho en el libro VIII;» y el libro VIII de las *Memorias de Castelnaud* no existe. Esta es una leccion que me enseña á aprovechar mi tiempo.

Washington no pertenece, como Bonaparte, á esa raza que sobrepuja á la estatura humana; nada hay que sorprenda en su persona. No aparece colocado sobre un vasto teatro ni tiene que habérselas con los capitanes mas hábiles y los monarcas mas poderosos del mundo: tampoco corre de Menfis á Viena ó de Cádiz á Moscou: lo único que hace es defenderse con un puñado de ciudadanos, en una tierra de ninguna celebridad, y en el círculo estrecho de los hogares domésticos. Washington no da esos combates que renuevan los triunfos de Arbelas y de Farsalia, ni derriba los tronos para construir otros con sus escombros ni hace decir á los reyes á su puerta: *Que se hacen esperar demasiado y que Atila se aburre.*

Las lazañas de Washington aparecen envueltas en cierto silencio; su modo de obrar es lento, y nadie

diria sino que, sintiéndose encargado de la libertad del porvenir, temia comprometerla. No eran sus destinos los que conducia aquel héroe de nueva especie, sino los destinos de su país, y no se aventuraba á jugar lo que no le pertenecia. Pero cuánta luz no iba á brotar de aquella humildad profunda! Regístrense los bosques en donde brilló la espada de Washington; ¿y qué se hallará en ellos? ¿Sepulcros? No; ¡un mundo! Washington dejó los Estados-Unidos por trofeo sobre su campo de batalla.

Bonaparte no tiene el menor rasgo de aquel grave americano; combate con estruendo sobre una tierra envejecida, y ni quiere crear otra cosa que su propia fama, ni encargarse mas que de su propia suerte. Parece adivinar que su mision ha de ser corta, que el torrente que se precipita desde tan alto ha de pasar muy pronto, y se apresura á gozar y á abusar de su gloria como de una juventud fugitiva. A semejanza de los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro saltos al fin del mundo: se presenta en todas las riberas inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, arroja coronas á su familia y á sus soldados, y desplega la mayor actividad en sus monumentos, en sus leyes, en sus victorias. Elevado sobre el mundo, con una mano derriba á los reyes y con la otra abate al gigante revolucionario; pero al sujetar la anarquía ahoga la libertad, y concluye por perder la suya sobre su último campo de batalla.

Cada cual recibe la recompensa segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independencia, y como magistrado, en descanso se duerme bajo su techo, en medio del sentimiento de sus compatriotas y de la veneracion de los pueblos.

Bonaparte arrebató á una nacion su independencia y emperador destronado, se ve precipitado en el desierto, en donde el terror de la tierra no le considera aun bastante custodiado bajo la guarda del Océano. Espira, y esta noticia, publicada á la puerta del palacio delante de la cual hizo proclamar tantos funerales, ni detiene ni admira á los que pasan. ¿Qué tenían que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, y el imperio de Bonaparte ha caido. Washington y Bonaparte salieron del seno de la democracia; el primero le fue fiel, y el segundo le hizo traicion.

Washington ha sido el representante de las necesidades, de las ideas, de las opiniones de su época; en vez de contrariar el movimiento de los ánimos, lo secundó, y quiso lo que debía querer, la cosa misma para la cual habia sido llamado; de ahí proviene la coherencia y la perpetuidad de su obra. Ese hombre, que llama poco la atencion porque se ajustó exactamente á sus proporciones, confundió su existencia con la de su país: su gloria es el patrimonio de la civilizacion, y su fama se eleva como uno de esos santuarios públicos por donde corre un manantial fecundo é inagotable.

Bonaparte pudo enriquecer igualmente el dominio comun, dando, como daba, con la nacion mas inteligente, mas valerosa y mas brillante de la tierra. ¿Cuál seria el sitio que hoy día ocupase si hubiera reunido la magnanimidad á lo que tenia de heróico; si siendo á un mismo tiempo Bonaparte y Washington, hubiese nombrado á la libertad por legataria universal de su gloria!

Pero ese coloso no ligaba sus destinos á los de sus contemporáneos: su genio pertenecia á la edad moderna, al paso que su ambicion era de los antiguos tiempos; y no conoció que los milagros de su vida superaban al valor de una diadema, y que ese ornamento gótico le sentaria muy mal. Tan pronto se precipitaba sobre el porvenir, como retrocedia hacia lo pasado; y ya fuese que adelantara ó siguiera el curso del tiempo, arrastraba ó rechazaba las olas con su fuerza prodigiosa. Los hombres no fueron á sus

ojos mas que un medio de poder, y ninguna simpatia se estableció entre la felicidad de ellos y la suya: prometió libertarlos, y los encadenó; y así fue que, aislándose de los hombres, estos se alejaron de él. Los reyes de Egipto colocaban sus pirámides fúnebres, no en risueñas campiñas, sino en estériles arenas. Esos grandes sepulcros se elevan como la eternidad en el desierto. Bonaparte ha construido á su imagen el monumento de su fama.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

VIAJE DE FILADELFIA Á NUEVA-YORK Y A BOSTON.—MACKENZIE.

Estaba impaciente por continuar mi viaje, pues no eran los americanos lo que yo habia ido á ver, sino otra cosa del todo diferente de los hombres que yo conocia; otra cosa mas en armonia con el órden habitual de mis ideas. Ardía en deseos de arrojar-me en una empresa, para la cual no tenia otra preparacion que mi imaginacion y mi valor.

Cuando formé el proyecto de descubrir el paso al Noroeste, se ignoraba si la América Septentrional se extendia bajo el polo, uniéndose á la Groenlandia, ó si terminaba en algun mar contiguo á la bahía de Hudson y al estrecho de Bering. En 1772 habia descubierto Hearn el mar en la embocadura del rio de la Mina de Cobre, á los setenta y un grados y quince minutos de latitud Norte, y los ciento diez y nueve grados y quince minutos de longitud Oeste de Greenwich (1).

Sobre la costa del Océano Pacifico habian dejado algunas dudas los esfuerzos del capitán Cook y los de los navegantes sucesivos. En 1787 se dijo que habia entrado un buque en un mar interior de la América Septentrional: segun noticias del capitán del buque, todo lo que se habia tomado por costa no interrumpida al Norte de la California no era mas que una cadena de islas sumamente apiñadas. El almirantazgo de Inglaterra envió á Vancouver á comprobar aquellos informes, que resultaron falsos. Vancouver no habia hecho aun su segundo viaje.

En los Estados-Unidos se principiaba ya á hablar en 1791 del viaje de Mackenzie, el cual, habiendo salido el 3 de junio de 1789 del fuerte de Chipewau sobre el lago de las Montañas, bajó al mar del polo por el rio á que dió su nombre.

Este descubrimiento hubiera podido cambiar mi direccion y hacerme tomar el camino recto al Norte; pero me habria hecho escrúpulo de alterar el plan acordado entre Mr. de Malesherbes y yo. De consiguiente, queria marchar al Oeste de modo que llegara á cortar la costa Noroeste por encima del golfo de California; y desde allí, siguiendo el perfil del continente, y á la vista siempre del mar, intentaba reconocer el estrecho de Bering, doblar el último cabo septentrional de la América, bajar al Este á lo largo de las riberas del mar polar, y volver á entrar en los Estados-Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

¿Con qué medios contaba para ejecutar esa prodigiosa peregrinacion? Con ninguno. La mayor parte de los viajeros franceses han sido hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas, y rara vez ha sucedido que el gobierno ó las compañías los hayan auxiliado. Ingleses, americanos, alemanes, españoles, portugueses, han llevado á cabo, con ayuda del con-

(1) Latitud y longitud reconocidas hoy como excesivas en cuatro grados y un cuarto.

(Nota de Ginebra de 1832.)

curso de las voluntades nacionales, lo que entre nosotros han emprendido en vano varios individuos aislados. Mackenzie, y otros muchos despues de él, han hecho en la extension de la América, y en provecho de los Estados-Unidos y de la Gran-Bretaña, conquistas en que yo he soñado para engrandecer mi país natal. En caso de un buen resultado, habria tenido el honor de imponer nombres franceses á regiones desconocidas, de dotar á mi país con una colonia sobre el Océano Pacifico, de robar el rico comercio de peletería á una potencia rival, y de impedir á esta rival el abrirse un camino mas corto á las Indias, poniendo á la Francia misma en posesion de ese camino. He dejado consignados estos proyectos en el *Ensayo Histórico*, publicado en Londres en 1796, los cuales estaban sacados del manuscrito de mis viajes, escrito en 1791. Estas fechas prueban que yo me habia anticipado por mis deseos y por mis trabajos á los últimos exploradores de los hielos árticos.

No encontrando el menor estímulo en Filadelfia, calculé desde luego que quedaria frustrado el objeto de este primer viaje, y que mi excursion no seria mas que el preludio de otro viaje mas largo. Escribí en este sentido á Mr. de Malesherbes, y quedándome á la expectativa de los sucesos, prometí á la poesía lo que pudiera perderse para la ciencia. Con efecto, si no encontré en América lo que buscaba, esto es, el mundo polar, hallé por lo menos una nueva musa.

Un *stage-coache*, semejante al que habia traído de Baltimore, me condujo de Filadelfia á Nueva-York, ciudad alegre, populosa y comercial, y que sin embargo estaba lejos de ser lo que es hoy día, lo que será dentro de algunos años, porque los Estados-Unidos crecen mas deprisa que este manuscrito. Fuí en peregrinacion á Boston á saludar el primer campo de batalla de la libertad americana, y ví los campos de Lexington, en donde busqué, como despues en Esparta, el sepulcro de aquellos guerreros que murieron por obedecer á las santas leyes de la patria. ¡Ejemplo memorable del encadenamiento de las cosas humanas! Un bill de hacienda aprobado en el parlamento de Inglaterra en 1765, erige un nuevo imperio sobre la tierra en 1782, y hace desaparecer del mundo uno de los mas antiguos reinos de Europa en 1789.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

RIO DEL NORTE.—CANTO DE LA PASAJERA.—MR. SWIF.—PARTIDA PARA LA CATARATA DEL NIAGARA CON UN GUIA HOLANDÉS.—MR. VIOLET.

Me embarqué en Nueva-York en el paquebote que se daba á la vela para Albani, situada á la embocadura del rio del Norte. La sociedad era numerosa. Hacia el anochecer del primer día, se nos sirvió una colacion de frutas y leche; las mujeres estaban sentadas en los bancos de cubierta, y los hombres en el puente, á sus piés. La conversacion duró poco rato; al aspecto de un hermoso cuadro de la naturaleza, se cae involuntariamente en el silencio. Yo no sé quién gritó repentinamente: «Este es el sitio donde fue apresado Asgill.» Se suplicó á una cuáquera que cantase la plegaria de *Asgill*. Nos hallábamos entre montañas; la voz de la pasajera espiraba sobre las olas, ó crecía cuando nos acercábamos á la costa. El destino de un soldado, jóven, amante, poeta y valiente, honrado por el interés de Washington y la generosa intervencion de una reina desventurada, aumentaba el encanto de escena tan romántica. El amigo que he perdido, Mr. de Fontanes, pronunció palabras cordiales en memoria de *Asgill*, cuando Bonaparte se disponia á subir al trono que habia ocupado María Antonieta.

Los oficiales americanos se conmovieron con el canto de la joven de Pensilvania; el recuerdo de las revueltas pasadas de la patria les hacía más sensible la calma presente. Contemplaban estos lugares, poco ha resonando con el ruido de las armas de numerosos ejércitos, ahora sepultados en una paz profunda; estos lugares dorados con la última lumbre del sol, animados con el silbido de los cardenales, con el arrullo de las palomas azules, con el canto de los arrendajos, y cuyos habitantes, puestos de codos sobre los cercados guarnecidos de binonias, miraban pasar nuestra barca por debajo de ellos.

Cuando llegué á Albany, fui á buscar á Mr. Swif, para quien llevaba una carta. Este Mr. Swif traficaba en pieles con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por la Inglaterra á los Estados-Únidos; porque las potencias civilizadas, republicanas y monárquicas, dividen entre sí, y sin cumplimiento, tierras de la América que no son suyas. Después de oírme, me hizo Mr. Swif objeciones muy razonables. Me dijo que yo no podía emprender de buenas á primeras, solo, sin socorros, sin apoyo, sin recomendaciones para los apostaderos ingleses, americanos, españoles, por donde tendría que pasar, un viaje de tal importancia; que aun cuando tuviera la fortuna de atravesar tantas soledades, llegaría á regiones heladas, donde moriría de frío ó de hambre; me aconsejó que empezara por aclimatarme; me invitó á aprender los idiomas de aquellos países, á vivir entre los *corredores de caballos* y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Hechas estas experiencias preliminares, podría yo, en cuatro ó cinco años, intentar mi atrevida misión con la asistencia del gobierno francés.

A pesar de que reconocía la exactitud de estos consejos, me desagradaban sobremanera. Por mi voto hubiera partido derecho hacia el polo, como se va de París á Pontoise. Oculté mi disgusto á Mr. Swif, y le supliqué que me proporcionase un guía y caballos para dirigirme al Niágara y á Pittsburg; de Pittsburg bajaría al Ohio, y recogería noticias útiles para mis futuros proyectos. Yo tenía siempre en la cabeza mi primer plan de viaje.

Mr. Swif tomó para mi servicio á un holandés, que hablaba muchos dialectos indios, compré dos caballos, y abandoné á Albany.

Todo el país, que se extiende desde hoy entre el territorio de esta ciudad y el Niágara, está habitado y cultivado; el canal de Nueva-York lo atraviesa; pero entonces estaba desierta una gran parte de este país.

Cuando después de haber pasado el Mohawk entré en bosques que jamás habían sido cortados, se apoderó de mí una especie de embriaguez de independencia; yo iba de un árbol á otro, á derecha é izquierda, diciéndome: «Aquí no hay caminos, ni ciudades, ni monarquía, ni república, ni presidentes, ni reyes, ni hombres.» Y para conocer si yo había vuelto á mis derechos originales, me entregaba á actos voluntarios que irritaban á mi guía, porque en su interior me creía loco.

¡Ay! Yo me figuraba estar solo en esta selva, donde levantaba orgulloso mi cabeza! De repente me pegué en las narices contra un cobertizo. Bajo este cobertizo se ofrecen á mis ojos embobados los primeros salvajes que he visto en mi vida. Habría una veintena entre hombres y mujeres, embadurnados como hechiceros, con el cuerpo casi desnudo, las orejas cortadas, plumas de cuervo en la cabeza, y anillos pasados por las narices. Un francés pequeño, con polvos y rizos, vestido verde-manzana, chorrera y mangas de muselina, arañaba un violín de bolsillo, y hacía bailar el *Madelon Fiquet* á estos iroqueses. Mr. Violet (que así se llamaba) era el maestro de baile de estos salvajes. Le pagaban las lecciones con pieles de castores y jamones de osos. Había sido mar-

miton al servicio del general Rochambeau, en la guerra de América. Establecido en Nueva-Yorck después de la partida de nuestro ejército, se resolvió á enseñar las bellas artes á los americanos. Ensanchando sus miras con sus triunfos, el nuevo Orfeo llevó la civilización á las ordas salvajes del Nuevo-Mundo. Al hablarme de los indios, me decía siempre: «Estos señores y estas señoras salvajes.» Se alababa mucho de la ligereza de sus discípulos, y, en efecto, yo no he visto brincos más descompasados. Mr. Violet, colocando su pequeño violín entre el vientre y la barba, templaba el instrumento fatal y gritaba á los iroqueses: ¡*A vuestro sitio!* Y toda la comparsa saltaba como si fueran diablos.

Esta introducción á la vida salvaje por un baile que el marmiton del general Rochambeau daba á los iroqueses, ¿no era una cosa molesta para un discípulo de Rousseau? Tenía grandes deseos de reír, pero me hallaba cruelmente humillado.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MI VESTIMENTA SALVAJE.—CAZA.—EL CARCAJOU Y EL ZORRO DEL CANADÁ.—RATON ALMIZCLADO.—PERROS PESCADORES.—INSECTOS.—MONTCALM Y WOLF.

Compré á los indios un traje completo: dos pieles de oso, la una para media toga, la otra para la cama. Uní á mi nuevo atavío el casquete de paño encarnado, la casaca, el cinturón, el cuerno para llamar á los perros, y la bandolera de caballería. Mis cabellos flotaban sobre mi cuello descubierto; llevaba la barba larga, y me parecía al salvaje, al cazador y al misionero. Me invitaron á una cacería, que debía tener lugar al día siguiente, para buscar la pista del carcajou.

Esta raza de animales y la de los castores se ha destruido casi completamente en el Canadá.

Nos embarcamos antes de amanecer para remontar un río á la salida del bosque, donde había visto el carcajou. Eramos como treinta entre indios y cazadores americanos y del Canadá; parte de ellos costeaba con la jauría; las mujeres llevaban nuestros víveres.

No encontramos el carcajou; pero matamos lobos cervales y ratones almizclados. En otro tiempo los indios tenían un gran sentimiento cuando mataban por acaso alguno de estos últimos animales, siendo la hembra del raton, como todos saben, la madre del género humano. Los chinos, mejores observadores, tienen por seguro que el raton se cambia en codoruz, y el topo en oropéndola.

Los pájaros de río y los peces proveyeron abundantemente nuestra mesa. Los perros están enseñados á meterse en el agua; se precipitan en los ríos, y cogen los peces hasta en el fondo del agua cuando no van á cazar. Nos sentamos alrededor de una fogata, que servía á las mujeres para los preparativos de la comida.

Nos acostamos horizontalmente con la cara pegada á la tierra para librarnos del humo, cuya nube, flotando sobre nuestras cabezas, nos ponía al abrigo de la picadura de los mosquitos.

Los diversos insectos carnívoros, vistos al microscopio, son animales formidables; tal vez eran estos dragones alados que describe la anatomía; disminuyendo en tamaño, á medida que disminuía su energía, estas idras, estos grifos se encontrarán hoy en la clase de insectos. Los gigantes antdiluvianos son los hombrucillos de hoy.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CAMPAMENTO A LA ORILLA DEL LAGO DE ONONDAGAS.—ÁRABES.—CURSO BOTÁNICO.—LA INDIA Y LA VACA.

Mr. Violet me ofreció sus credenciales para los Onondagas, resto de una de las seis naciones iroque-

sas. Llegué al lado de los Onondagas. El holandés eligió un sitio á propósito para nuestro campamento; un río salía del lago; nuestro aparato se levantó en un recodo de este río. Clavamos en tierra dos estacas ahorquilladas, á seis pies de distancia la una de la otra, y colocamos horizontalmente entre las dos una vara larga. Cortezas de abedul, colocadas convenientemente, formaron el techo inclinado de nuestro palacio. Nuestras sillas debían servirnos de reclinatorios, y nuestras capas do cubiertas. Colgamos unas campanillas del cuello de nuestros caballos, y los dejamos sueltos junto á nuestra tienda, cuya cercanía no abandonaron.

Cuando quince años después vivaqueaba yo en los arenales del desierto de Sabba, á algunos pasos del Jordan, á la orilla del mar Muerto, nuestros caballos, estos hijos ligeros de la Arabia, parecían que escuchaban los cuentos del scheik, y que tomaban parte en la historia de Antar y del caballo de Job.

A las cuatro de la tarde estábamos alojados. Cogí mi escopeta y me fui á los alrededores. Había pocas aves: una pareja solitaria revoloteaba delante de mí, como estos pájaros que yo seguía en los bosques paternales; en el color del macho conocí el pájaro blanco, *passer nivalis* de los ornithologistas. Oí también el *quebrantahuesos*, muy conocido por su voz. El vuelo del *esclamador* me había conducido á un estrecho valle encerrado entre alturas desnudas y pedregosas; á su mitad se levantaba una mala cabaña; una vaca flaca erraba en un prado cercano.

Yo amo los albergues pequeños: á *chico pajarillo chico nidillo*. Me senté en la pendiente, enfrente de la choza, en el costado opuesto.

Al cabo de algunos minutos oí gritos en el valle; tres hombres conducían cinco ó seis vacas gordas; las pusieron á pacer, y alejaron la vaca flaca con sus varillas. Una mujer salvaje salió de la choza, avanzó hacia el animal y lo llamó. La vaca corrió hacia ella alargando el cuello y dando un pequeño mugido. Los dueños de la tierra amenazaron de lejos á la india, que volvió á su cabaña. La vaca la siguió.

Me levanté, atravesé el valle, y subiendo á la colina, llegué á la choza.

Pronuncié el saludo que me habían enseñado: ¡*Siegoh!* (¡Aquí estoy yo!) La india, en lugar de responderme repitiendo mi saludo, se calló. Acaricié á la vaca, y el amarillo rostro de la india dió señales de enternecerse. Yo estaba conmovido con estas misteriosas relaciones del infortunio; hay cierto placer en llorar desgracias que nadie ha llorado.

Mi huésped me miró todavía con un resto de duda; después se adelantó, y pasó la mano por la frente de su compañera de soledad y de miseria.

Animado por esta muestra de confianza, dije en inglés: «¡Está muy flaca!» y la india replicó en mal inglés: «Come poco. *She cats veri little.*» «La han echado rudamente,» dije yo; y la mujer respondió: «Las dos estamos acostumbradas á esto. *Both.*» Y yo dije: «Esta pradera, ¿no es vuestra?» «Esta pradera, dijo, era de mi marido, que ha muerto. Yo no tengo hijos, y los blancos traen sus vacas á mi pradera.»

Yo no tenía nada que ofrecer á esta criatura de Dios. Al separarnos, mi huésped me dijo muchas cosas que yo no comprendí; serían deseos de prosperidad; si sus votos no han llegado hasta el cielo, no sería la culpa de quien pedía, sino la flaqueza de aquel para quien se oraba. Todas las almas no tienen igual aptitud para la felicidad, como no tienen todas las tierras las mismas cosechas.

Volví á mi *ajoupa*, donde me esperaba una colación de patatas y maíz. La noche fue magnífica; el lago, unido como un espejo sin marco, no tenía un solo pliegue; el río bañaba murmurando nuestra península, perfumada por los *calycanthos*. El *weep-*

poor-will repetía su canto; nosotros lo oíamos cerca ó lejos, según que el pájaro cambiaba el lugar de su amorosa llamada. Nadie me llamaba. ¡Llora, pobre William! ¡*weep-poor-will!*

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

UN IROQUÉS.—SACHEM DE LOS ONONDAGAS.—VELLY Y LOS FRANKS.—CEREMONIA DE LA HOSPITALIDAD.—ANTIGUOS GRIEGOS.

Al día siguiente fui á visitar al sachem de los Onondagas; llegué á su aldea á las diez de la mañana. Al instante me vi rodeado de jóvenes salvajes que me hablaban en su lengua, mezclada de palabras inglesas y francesas; hacían mucho ruido, y tenían el aire alegre, como los primeros turcos que vi después en Coron, cuando pisé el suelo de Grecia. Estas tribus indias, enclavadas en terreno de blancos, tienen caballos y rebaños; sus cabañas están llenas de utensilios comprados, por una parte en Québec, Montreal, Niágara, el Estrecho, y por la otra en los mercados de los Estados-Únidos.

Cuando se recorrió el interior de la América Septentrional, se halló en el estado natural, entre las diversas naciones salvajes, las diferentes formas de gobierno de los países civilizados. El iroqués pertenecía á una raza que parecía destinada á conquistar las razas indias, si no hubieran venido extranjeros á chupar sus venas y sujetar su genio. Este hombre intrépido no se sorprendió de ver las armas de fuego, cuando por la primera vez se usaron contra él; se mantuvo firme al silbido de las balas y al ruido del cañon, como si los hubiera oído toda su vida; apartó que no le hacía más efecto que el de una tempestad. Cuando se pudo procurar un mosquete, se sirvió de él mejor que un europeo. No abandonó por eso el rompe-cabezas, el arco y la flecha, sino que añadió la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, como si no tuviera bastantes armas para todo su valor. Cubierto doblemente con las armas de América, adornada su cabeza con penachos, las orejas horadadas, la cara barnizada de diversos colores, los brazos picados y teñidos de sangre, este campeón del Nuevo-Mundo se hizo tan temible de vista como en el combate, en la playa que defendió palmo á palmo de sus invasores.

El sachem de los Onondagas era un viejo iroqués en toda la extensión de la palabra; su persona conservaba la tradición de los antiguos tiempos del desierto.

Las relaciones inglesas llaman siempre al sachem indio *caballero*. El *viejo caballero*, pues, está enteramente desnudo; tiene una pluma ó una espina de pescado atravesada por las narices, y cubre algunas veces su cabeza pelada y redonda con un sombrero bordado de tres candiles, en señal de honores europeos. Velly ¿no pinta la historia con la misma verdad? El gefe franco Kilperick se mojaba los cabellos con manteca rancia, se pintaba las mejillas de verde, y llevaba un sayo abigarrado, ó una túnica de piel; ha sido representado por Velly como un príncipe magnífico hasta la ostentación en sus muebles y en su equipaje, voluptuoso hasta la inmoralidad, creyendo apenas en Dios y burlándose de sus ministros.

El sachem de los Onondagas me recibió bien y me hizo sentar en un petate. Hablaba en inglés, y entendía el francés; mi guía sabía el iroqués; la conversación fue fácil. El viejo me dijo, entre otras cosas, que aunque su nación había estado siempre en guerra con la mía, la estimaba mucho. Se quejaba de los americanos; los creía injustos y avaros, y sentía que en la división de las tierras indias no hubiese aumentado su tribu el lote de los ingleses.

Las mujeres nos sirvieron la comida. La hospitalidad es la última virtud que ha quedado á los salvajes en medio de la civilización europea; se sabe cuál era antes esta hospitalidad: el hogar tenía el poder del altar.

Cuando una tribu era arrojada de sus bosques, ó cuando un hombre venía á pedir hospitalidad, el extranjero comenzaba lo que se llamaba el baile del suplicante; el niño pisaba el dintel de la puerta, y decía: «¡Aquí está un extranjero!» y el jefe respondía: «¡Jóven, introduce al hombre en la choza.» El extranjero entraba bajo la protección del niño, y se iba á sentar en la ceniza del hogar. Las mujeres decían el canto de la consolación: «El extranjero ha encontrado una madre y una mujer; el sol se levantará y se pondrá para él como antes.» Estos usos parecen tomados de los griegos; Temístocles, en casa de Admeto, abraza los penates y á su hijo (quizás yo he pisado en Megara, el hogar de la pobre mujer que ocultó la urna cineraria de Phocion), y Ulises, en casa de Alcinoos, suplica á Areté: «Noble Areté, hija de Rhexénor; después de haber sufrido males crueles, me arrojó á vuestros pies...» Al acabar estas palabras, el héroe fue á sentarse junto al fuego. Me despedí del anciano sachem. Se había hallado en la toma de Quebec. En los años vergonzosos del reinado de Luis XV, el episodio de la guerra del Canadá viene á consolarnos como una página de nuestra antigua historia hallada en la torre de Londres.

Montcalm, encargado de defender sin recursos el Canadá contra fuerzas superiores y continuamente renovadas, lucha con buen éxito durante dos años, y bate á lord London y al general Abercromby. Por último lo abandona la fortuna; herido bajo los muros de Quebec, cae, y muere á los dos días; sus granaderos lo entierran en un hoyo abierto por una bomba: ¡fosa digna del honor de nuestras armas! Su noble enemigo Wolf muere enfrente de él; paga con su vida la de Montcalm y la gloria de espirar sobre algunas banderas francesas.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

VIAJE DESDE EL LAGO DE LOS ONONDAGAS AL RÍO GENESÉE.—ABEJAS.—ROTURAMIENTOS.—HOSPITALIDAD.—CAMA.—SERPIENTE DE CASCABEL ENCANTADA.

Mi guía y yo montamos otra vez á caballo. Nuestro camino, cada vez más penoso, apenas se hallaba señalado por ramas cortadas de los árboles. Sus troncos servían de puente en los riachuelos. La población americana prefería entonces las concesiones de Genesée. Estas concesiones se vendían más ó menos caras, según la bondad del suelo, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Se ha observado que las abejas preceden en los bosques á los colonos; vanguardia de los labradores, ellas anuncian, y son el símbolo de la industria y de la civilización. Desconocidas en América, fueron tras de las velas de Colon; y estas conquistadoras pacíficas no han robado á un nuevo mundo de flores más que tesoros inútiles á los indígenas, y no se han servido de ellos más que para enriquecer el suelo de donde los habían sacado.

El cultivo á las dos orillas del camino que yo recorría, ofrecía una curiosa mezcla del estado de naturaleza con el estado civilizado. En el extremo de un bosque, donde no se habían oído más que los gritos del salvaje y los bramidos de las fieras, se encontraba una tierra labrada; en el mismo sitio se veía la choza del indio y la habitación de un terrateniente. Algunas de estas casitas recordaban la limpieza de las

granjas holandesas; otras estaban á medio hacer, y tenían aun por techo la bóveda celeste.

Yo era recibido en estas casitas, obra de una mañana, y encontraba continuamente en ellas una familia con la elegancia de Europa, muebles de caoba, piano, tapices y espejos, á cuatro pasos de la choza de un iroqués. Por la noche se abrían las ventanas cuando venían del campo los criados, ó de los bosques, con el hacha ó el azadón. A la vista del desierto, y alguna vez entre el ruido de una cascada, las hijas de mi huésped cantaban al piano el duo del *Pandolfetto* de Paesello, ó un *cantabile* de Cimarosa.

En los mejores terrenos se hacían pueblecillos. Del seno de una selva se lanzaba al aire la flecha de un campanario. Como las costumbres inglesas siguen á todas partes á los ingleses, después de haber atravesado países donde no se hallaba rastro de habitantes, veía colgado el anuncio de una hostería pendiente de un árbol. Los cazadores, los plantadores y los indios se reunían en estos paradores; la primera vez que yo descansé en uno de ellos, juré que sería la última.

Al entrar en una de estas hospederías, me quedé estupefacto á la vista de una gran cama hecha en forma circular alrededor de una viga; cada viajero tomaba plaza en esta cama, con los pies pegando á la viga, y la cabeza en la circunferencia del círculo, de manera que los durmientes estaban colocados simétricamente, como si fueran los rayos de una rueda. Después de vacilar, me introduje en esta máquina, porque no veía á nadie en ella. Comencé á adormecerme, cuando sentí alguna cosa que se deslizaba contra mí; era la pierna de mi grande holandés; yo no he sentido en mi vida mayor horror. Salté del capacho hospitalario, maldiciendo de corazón los usos de nuestros buenos abuelos, y me fui á dormir con mi capa á la luz de la luna; esta compañera de cama del viajero no tenía nada que no fuera agradable, fresco y puro.

En la orilla del Genesée hallamos una barca. Una porción de colonos y de indios pasó el río con nosotros. Acampamos en praderas pintadas de mariposas y de flores. Con la diferencia de trajes, los grupos que formábamos alrededor de nuestras hogueras, y nuestros caballos atados ó sueltos, parecíamos una caravana. Allí encontré la culebra de cascabel que se dejaba encantar con el sonido de una flauta. Los griegos hubieran hecho del canadiense un Orfeo; de la flauta una lira; de la culebra Cerbero, ó quizás Euridice.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FAMILIA INDIA.—NOCHE EN LOS BOSQUES.—PARTIDA DE LA FAMILIA.—SALVAJE DEL SALTO DEL NIAGARA.—EL CAPITAN GORDON.—JERUSALÉN.

Avanzamos hácia el Niagara. Estábamos á ocho ó nueve leguas, cuando vimos en un encinar el fuego de algunos salvajes en el sitio donde nosotros pensábamos vivaquear. Nos aprovechamos de la ocasión, y después de haber pensado los caballos, nos acercamos á la horda. Con las piernas cruzadas á la manera de los sastres, nos sentamos con los indios al fuego, para asar nuestro maíz.

La familia se componía de dos mujeres, dos niños de pecho y tres guerreros. La conversación se hizo general; es decir, entrecortada por algunas palabras de mi parte ó por muchos gestos: en seguida todos se durmieron en el sitio en que estaban. Despierto yo únicamente, fui á sentarme en un tronco que estaba á la orilla de un arroyo.

La luna plateaba la copa de los árboles; una brisa

embalsamada, que esta reina de la noche traía del Oriente, parecía precederla en los bosques como si fuera su fresco aliento. El astro solitario subía poco á poco por el cielo; tan pronto seguía su carrera, tan pronto se ocultaba entre grupos de nubes, parecidas á la cima de montañas coronadas de nieve. Todo hubiera sido silencio y reposo sin la caída de algunas hojas, el paso de un viento súbito, el gemido de la lechuza; á lo lejos se oían los sordos mugidos de la catarata del Niagara, que en la calma de la noche se prolongaban de desierto en desierto, y espiraban en las selvas solitarias. En estas noches me apareció una musa desconocida; recogí alguno de sus acentos, los apunté en mi libro á la luz de las estrellas, como un músico vulgar escribiría las notas que le dictara algún maestro de armonía.

Al día siguiente se armaron los indios, las mujeres reunieron su equipaje, y yo les di unos polvos y bermellón, separándonos tocando nuestras frentes y nuestro vientre. Los guerreros dieron el grito de marcha, y partieron los primeros; las mujeres iban detrás, cargadas con los niños que llevaban á la espalda, y que volvían la cabeza á mirarnos. Yo seguí esta tropa con la vista, hasta que desapareció entre los árboles del bosque.

Los salvajes del Salto del Niagara, dependientes de los ingleses, estaban encargados de la policía de la frontera en este lado. Esta extraña gendarmería, armada de arcos y flechas, nos impidió pasar, y me vi obligado á enviar al holandés al fuerte de Niagara á pedir permiso para entrar en las tierras de la dominación británica. Esto me comprimía el corazón, porque me recordaba que la Francia había mandado en el Alto como en el Bajo Canadá. Mi guía volvió con el permiso, que aun conservo, y que está firmado por *El Capitán Gordon*. ¿No es singular que haya encontrado el mismo nombre inglés en la puerta de mi celda en Jerusalem? «Trece peregrinos habían escrito su nombre sobre la puerta en la parte exterior de la habitación; el primero se llamaba Carlos Lombard, y se hallaba en Jerusalem en 1669; el último es John Gordon, y la fecha de su tránsito es de 1804. (*Itinerario*.)»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CATARATA DEL NIAGARA.—CULEBRA DE CASCABEL.—CAIGO EN EN ABISMO.

Permanecí dos días en la aldea india, desde donde escribí una carta á Mr. de Malesherbes. Las Indias se ocupaban en diferentes faenas; sus hijuelos estaban suspendidos en redes de las ramas de los árboles. La yerba estaba cubierta de rocío; el viento salía perfumado de las florestas, y el algodón del país, rompiendo su botón, parecía á los rosales blancos. La brisa mecía las cunas aéreas con un movimiento casi imperceptible; las madres se levantaban de vez en cuando á ver si sus hijos dormían, ó si los pájaros los habían despertado. Cuatro leguas distaba la aldea de la catarata; eran precisas otras tantas horas para que yo llegase á ella con mi guía. A seis millas de distancia, una columna de vapor me indicaba el lugar de la vertiente. El corazón me palpitaba con una alegría mezclada de terror al entrar en el bosque que me separaba de uno de los mayores espectáculos que la naturaleza haya ofrecido á los hombres.

Echamos pié á tierra, y llevando los caballos del diestro, llegamos á la orilla del Niagara, siete ó ochocientos pasos encima del Salto. Como yo avanzaba incansablemente, el guía me cogió por el brazo, y me detuvo á la orilla del agua, que pasaba con la velocidad de una flecha. No nullia; se deslizaba como una

sola masa por la pendiente de la roca; su silencio antes de la caída formaba contraste con el estrépito de su caída misma. La *Escritura* compara continuamente á un pueblo con los grandes ríos; aquí era un pueblo muribundo, que, privado de la voz por la agonía, iba á precipitarse en el abismo de la eternidad.

El guía me retenía siempre, porque yo me sentía arrastrado, por decirlo así, hácia el río, y tenía un deseo involuntario de arrojarme á él. Tan pronto dirigía mis miradas agua arriba por la orilla, tan pronto por la corriente abajo á la isla que dividía las aguas, y donde estas aguas desaparecían, como si fueran robadas por el cielo.

Después de un cuarto de hora de perplejidad indefinida y de admiración, me dirigí á la cascada. En el *Ensayo sobre las revoluciones* y en *Atala*, se pueden ver las dos descripciones que he hecho de ella. Hoy atraviesan la catarata grandes caminos; en la orilla americana y en la inglesa hay hosterías, molinos y manufacturas.

Yo no podía comunicar los pensamientos que me agitaban á la vista de un desorden tan sublime. En el desierto de mi primera existencia me he visto obligado á inventar personajes para decorarla; he sacado de mi propia sustancia seres que yo no hallaba en otra parte, y que llevaba conmigo. Así, he colocado recuerdos de *Atala* y de *René* á las orillas de la catarata del Niagara, como la expresión de su tristeza. ¿Qué es una cascada que se despeña eternamente al aspecto insensible de la tierra y del cielo, si la naturaleza humana no está allí con su destino y sus desgracias? ¡Internarse en esta soledad de agua y de montañas, y no saber con quién hablar de este grande espectáculo! Las olas, las rocas, los bosques, los torrentes ¡para sí solo! Dad al alma una compañera, y el risueño vestido de los prados y el fresco aliento de las aguas, todo va á ser alegría: el curso del día, el reposo más dulce todavía del anochecer, el atravesar las olas, el dormir sobre el musgo, arrancarán al corazón su más profunda ternura. Yo he sentado á Velleda en los arenales de Armórica, á Cimodocéa bajo los pórticos de Atenas, á Blanca en las salas de la Alhambra. Alejandro fundaba ciudades por donde pasaba; yo he dejado sueños por donde he arrastrado mi vida.

Yo he visto las cascadas de los Alpes con sus gamuzas, y las de los Pirineos con sus cabras monteses; yo no he remontado el Nilo bastante para encontrar sus cataratas rápidas; no hablo de las zonas de azul de Terni y de Tívoli, elegantes alfombras de ruinas, ó motivos de inspiración para el poeta:

Et præceps Anio ac Tiburni lucus.

«Y el Anio rápido, y el bosque sagrado de Tibur.»

Niagara lo borra todo. Yo contemplaba la catarata que revelaron al antiguo mundo, no ínfimos viajeros de mi especie, sino misioneros, que, buscando la soledad para Dios, se arrodillaban á la vista de alguna maravilla de la naturaleza, y recibían el martirio acabando el cántico de su admiración. Nuestros sacerdotes saludaron los hermosos sitios de la América, y los consagraron con su sangre; nuestros soldados han tocado con sus manos las ruinas de Tebas, y presentado las armas en Andalucía; todo el genio de la Francia está reasumido en la doble milicia de nuestros campamentos y nuestros altares.

Yo tenía la brida de mi caballo rodeada al brazo, cuando una culebra de cascabel silbó entre los matorrales. El caballo se asombra, se encabrita, y retrocede acercándose á la cascada. Yo no pude sacar las riendas del brazo; el caballo, cada vez más espantado, me arrastraba. Ya los pies delanteros pierden la tierra; pendiente sobre el abismo, apenas podía sostenerse sobre las piernas de atrás. Yo estaba perdido, cuando el animal, asustado él mismo del nuevo peligro, vuel-